

Carceller, la historia que pudo ser

Pepe Reig Cruaños

(Universidad de Castilla-La Mancha)

[Jose.Reig@uclm.es]

E-ISSN: 2173-1071 IC - Revista Científica de Información y Comunicación
2015, 12, pp. 259 - 262
<http://dx.doi.org/10.12795/IC.2015.i01.09>

Antonio Laguna Platero (2015). *Vicente Miguel Carceller. El éxito trágico del editor de La Traca.* Valencia: El Nadir Ediciones.

El País Valenciano, tan inclinado al exceso barroco, ha dado como mínimo un par de personajes tocados por la desmesura. Que, además del primer nombre, compartieran amistad y andanzas durante un tiempo, no deja de añadirle algo de curiosidad al asunto. Uno de ellos es el escritor, periodista y agitador político, republicano y furibundo anticlerical, Vicente Blasco Ibáñez y el otro, el que ahora nos ocupa, es el editor Vicente Miguel Carceller. De ambos se puede decir cualquier cosa, menos que llevaran una vida comedida o introvertida. Y de ambos ha escrito con sobreabundante sabiduría el profesor Antonio Laguna Platero.

El libro que acaba de entregar este autor marcará un punto de inflexión en la recuperación de una figura que fue tan clamorosa como luego silenciada. Este es el primer estudio completo sobre Vicente Miguel Carceller (1890-1940). Un hombre que pudo ser, él solito, el puntal de una transición exitosa entre la cultura popular y la cultura de masas. Este libro da luz a una pequeña parte de la minuciosa investigación que Antonio Laguna viene haciendo desde hace décadas de este personaje, de su publicación estrella, *La Traca*, y de todo el tronco de la prensa satírica en que se inscribe.

Un editor surgido de la nada, sin capital y sin estudios, que con 20 años dirige una publicación tan influyente como irreverente y profundamente valenciana: de un hedonismo insultante, festiva y sexualmente incorrecta, republicana y anticlerical a rabiar. *La Traca*, era una publicación moderna que dominaba las claves de la comunicación popular y las ponía al servicio de una línea editorial que hoy se consideraría populista, pero que lograba movilizar en torno a objetivos y causas progresistas a enormes capas de la población menos ilustrada. Una publicación que alcanza en la II República el medio millón de ejemplares y es el buque insignia de un emporio editorial que incluye revistas de moda, de teatro, de toros...

El libro de Laguna presenta una aproximación rigurosa y cronológica al personaje y su obra, señalando oportunamente las líneas de significación y de contexto que permiten entenderlo. Desde el perfil del hombre y su aprendizaje en la primera Traca de la Restauración, el perfeccionamiento de las claves de su éxito empresarial, los reveses frente a la Dictadura, el salto al mercado español con la República y el calvario final de la noche franquista y la muerte.

Lo que emerge del relato no es sólo un editor avisado, sino un promotor cultural y agitador de conciencias que estuvo en condiciones de “invertir” el capital de cultura popular más indómita –en la estela de Bernat i Baldoví, Escalante, Constantí Llombart o Blasco Ibáñez– en la construcción de un valencianismo de izquierdas, que podía hablar de tú a tú con la *Renaixença* burguesa de los juegos florales y la poética fósil. Que hubiera podido dotar al valencianismo político de un tronco popular engarzado en la cultura de masas y, por tanto, con una mayor potencia expansiva.

El proletariado de la sociedad de masas dispuso, al igual que la burguesía, de sus propios medios de comunicación, que hablaban su lenguaje y defendían sus intereses. Sólo que los del proletariado, mucho menos instruido que la clase dominante, recurrían a la imagen y a la sátira. El periodismo satírico fue siempre el vehículo principal de comunicación para las clases populares de la era de la sociedad de masas. Los diarios de fines del XIX y primer cuarto del XX habían entrado poco a poco en el “negocio” de la información y hasta algunos de ellos, en el negocio sensacionalista de “crear” la noticia, como hiciera el gran Hearst con la guerra de Cuba. Los periódicos satíricos populares “creaban” abundantemente sensación, provocando “hechos” que luego se noticiaban y a su vez generaban más hechos en un proceso retroalimentado,

que la prensa amarilla conoce bien. La novedad era que esa técnica populista se ponía al servicio de la subversión y la crítica feroz del sistema y que ello se hacía con una escritura fonética que todo el mundo entendía y un lenguaje soez y ambiguo que no perdía nada de la riqueza expresiva de la calle. La reacción escandalizada del *establishment* y las constantes sanciones y secuestros no podían sino multiplicar su fama de indomable y sus ventas millonarias. Cuando triunfó la barbarie fascista de aquel general que Carceller llamó “Paca la Culona”, tras una guerra de tres años, aquel mismo escándalo indignado de las gentes de orden, tenía que volverse vengativo y homicida.

La clave del éxito de este editor es la inteligente combinación de humor y lenguaje popular. Una combinación que, hunde sus raíces, seguramente, en la larga tradición popular de la “literatura de cordel”, los “coloquios” valencianos y las aucas de ciego. La tradición de comunicación popular basada en la sátira y el humor menos complaciente, que pudo expandirse tras la Guerra de Independencia a pesar de la intermitente persecución oficial, y que pasa por medio de la prensa satírica de finales del XIX de la plaza a la imprenta y a las masas. Un humor sin concesiones que, debido a su “éxito social”, ha servido para fijar el estereotipo del llamado “humor valenciano”, según nos cuenta Martínez Gallego, otro experto en la materia. El referente actual de esa clase de humor desacralizador quizá sea el propio Xavi Castillo y sus astracanadas y “brofegaes” sin cuento. Sólo que ahora recurriendo al “directo”, al YouTube y la viralidad digital. Humor lleno de sexo y de imágenes malsonantes, la ilustración por encima del texto, la caricatura y el grafismo como códigos directamente comprensibles. Y luego el lenguaje descarnado: en sus inicios y hasta el año 1931 en que se expandió a todo el estado español, *La Traca* se había escrito en Valencià o, mejor, en “valensià”. Un catalán coloquial y repleto de frases hechas y errores voluntarios. No sólo en escritura fonética, que transcribe directamente la lengua hablada sin ajustarse a normativas, sino incorporando sin complejos ni purismos todo el descosido que la castellanización le había hecho a la lengua de los valencianos desde la Nueva Planta. Esta es, precisamente, otra de las claves del éxito. Y no sólo porque esa forma de escribir acentúe la comicidad, sino principalmente, porque suprime de un plumazo las barreras con los lectores menos ilustrados de las clases populares, destinatarias únicas de la publicación.

Podría quizá conjeturarse, dado el extraordinario y persistente éxito de público, si esa estrategia de dicción no habría podido propiciar una posterior

normativización menos culta y, por ende, más popular de la Lengua, que aquella que consagraron las Normas de Castellón (1932) con deliberado olvido de la llamada “Renaixença d’Espardenya”. Si no habría podido mantenerse vivo un canal de comunicación con la tradición popular que quizá le habría dado mayor fuste a las señas de identidad valencianas. Nunca lo sabremos, porque el experimento fue abortado prematuramente, pero hay aquí una buena serie de interrogantes sobre la trayectoria del valencianismo en su vertiente cultural y política que valdría la pena volver a transitar. Una reflexión que, si ha de basarse en un sólido conocimiento del pasado, no podrá prescindir del trabajo de Antonio Laguna. Y no solo de este referido al gran Carceller y su criatura *La Traca*, que ahora glosamos, sino los que dedicó a Blasco Ibáñez (1998) y su diario *El Pueblo* (1999), el *Levante*, *El Mercantil Valenciano* (1992) y su ya legendaria *Historia del Periodismo Valenciano* (1990).

El juicio y muerte de Carceller tiene, dada su trayectoria de agitación cultural y compromiso político, toda la pinta de una venganza. Lo que se juzgaba en él, lo que se condenaba y se fusilaba era esa cultura popular inasimilable e insurrecta. Lo que se enterró en el cementerio de Paterna era la posibilidad misma de un valencianismo popular y de izquierdas que hubiera podido ocupar el sitio del claudicante “per a ofrenar noves glories a Espanya”.

No sólo muerto, sino silenciado y sus publicaciones requisadas y destruidas sistemáticamente. De no haberse cortado en seco ese tronco, quién sabe qué diferente curso habría tenido el valencianismo político durante la transición democrática y durante aquella malhadada “batalla de Valencia” en la que el conservadurismo se apropió de la simbología y la potencia del valencianismo popular, y de su expresión organizada en el mundo fallero, transmutándolo en blaverismo. Los procesos históricos no son reversibles, pero tampoco son deterministas: las cosas habrían podido ser de otro modo.